 Tiempo de lectura: 7 min.

Don Vincenzo Cimatti, sdb, dirigiendo a un grupo de pequeños discípulos

En 2026 se conmemora un aniversario extraordinario: hace cien años, un grupo de nueve valientes misioneros salesianos partía de Italia para emprender un viaje hacia lo desconocido, hacia un país lejano en cultura, lengua y religión. Japón los esperaba. Con ellos viajaban la fe, el espíritu de Don Bosco y una certeza inquebrantable: que el amor de Cristo encontraría un hogar también en el corazón del pueblo japonés. Un siglo de misión, amor y servicio bajo el signo de Don Bosco.

La partida: una herencia confiada

Todo nació en un clima de entusiasmo misionero. Para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la llegada de los salesianos a Argentina, el Rector Mayor, don Filippo Rinaldi, decidió ampliar el horizonte de la Congregación, enviando nuevos misioneros a diversas partes del mundo. Fue él mismo quien invitó a don Antonio Cavoli a hacerse misionero, y fue también él quien entregó a los nueve que partían unas palabras que se convertirían en un faro para toda la misión.

«La única vía, o al menos la vía indispensable, para entrar en el corazón de los hombres es la caridad», dijo don Rinaldi. Y añadió: «Este país puede presumir de tener una civilización que rivaliza con los estándares de las naciones más avanzadas, pero no conoce la caridad que Jesucristo enseñó al mundo. El éxito de vuestro apostolado dependerá de cuánto logréis hacer resplandecer el amor de Cristo entre el pueblo japonés».

Don Cavoli recibió aquellas palabras como una herencia sagrada. Escribió en su autobiografía: «Las he tenido siempre presentes. Con el tiempo, estas palabras se han convertido en el fundamento de mi vida y de mis acciones». No podía imaginar entonces cuán profundos serían los frutos de aquella promesa silenciosa.

El grupo estaba liderado por monseñor Vincenzo Cimatti, músico, educador, hombre de Dios: una figura destinada a dejar una huella imborrable en la historia de la

Iglesia en Japón. A su lado, don Cavoli y otros siete hermanos, todos animados por el mismo sueño salesiano: la salvación de las almas, según el espíritu de Don Bosco.

Los primeros pasos en tierra japonesa

Tras un año de intensa preparación —estudio de la lengua, aprendizaje de los usos y costumbres locales—, a partir del 1 de febrero de 1927 se confió oficialmente a los salesianos la atención pastoral de las prefecturas de Miyazaki y Oita. Las parroquias de Miyazaki, Oita y Nakatsu se convirtieron en los tres centros de la misión. Los nueve misioneros se dividieron en grupos de tres, distribuyéndose entre las comunidades, multiplicando así su presencia y servicio.

Poco después, con motivo de la visita oficial del Vicario General, don Ricaldone, en junio de 1927, don Cimatti trazó un programa claro para sus hermanos: conocer la realidad del territorio y de las personas; acercarse personalmente a todas las familias cristianas, sobre todo a las que se habían alejado de la fe; e iniciar en todas partes un oratorio abierto a todos.

Estas tres directrices —conocer, encontrar, educar— seguirían siendo el corazón palpitante de la acción salesiana en Japón durante todo el siglo siguiente.

El oratorio: casa de todos

Como en Turín, como en Argentina, como en cualquier lugar donde los hijos de Don Bosco ponían los pies, también en Japón el primer gesto fue abrir las puertas. El oratorio salesiano no era simplemente un lugar de oración: era un centro educativo, un punto de encuentro, un espacio de alegría abierto a todos los chicos, católicos y no católicos. El objetivo era dar a los jóvenes una buena educación para que pudieran vivir como buenos ciudadanos. Y a través de los hijos, acercarse a las familias.

Los números hablan por sí solos: en 1927 solo 80 niños frecuentaban los tres oratorios. En 1931 ya eran 765 en cinco oratorios. En 1934 se llegaba a 1.700 niños distribuidos en diez oratorios. Un crecimiento extraordinario que reflejaba no solo la eficacia del método, sino sobre todo la profundidad de un amor que la gente sabía

reconocer como auténtico.

Comunidades, iglesias y extensa presencia

Paralelamente al oratorio, los misioneros recorrían incansablemente el territorio para encontrar a los creyentes, visitarlos, predicar el Evangelio y construir iglesias. Tras las primeras parroquias, nacieron las comunidades de Tano, Takanabe, Beppu y Miyakonojo. Don Cavoli recorría a pie los treinta minutos que separaban la estación de Tano de la iglesia, con sol y con lluvia, sin quejarse jamás.

Los sacerdotes salesianos llegaron hasta los pueblos de montaña más remotos, siempre acompañados por catequistas locales. Los fieles, que en 1927 eran 490, aumentaron a 856 en 1930 y a 1.053 en 1932: se duplicaron en cinco años, fruto de una presencia continua, respetuosa y cargada de humanidad.

Evangelizar con la belleza: prensa, música e imágenes

Los salesianos siempre han creído que la fe se comunica también a través de la belleza. En Japón, esta intuición se tradujo en herramientas creativas y sorprendentemente eficaces.

En Oita, el 24 de mayo de 1928, se publicó el primer número del periódico Don Bosco, boletín mensual de la diócesis con una tirada de mil ejemplares: un instrumento para unir a los fieles y llegar también a los no creyentes con la palabra escrita.

Las proyecciones con la linterna mágica reunían a multitudes curiosas en las iglesias. La película Vida de Jesús atrajo a unas 800 personas, entre ellas varios periodistas. Al final de la proyección, muchos espectadores se quedaron en la sala para pedir información sobre Jesús, y no pocos se apuntaron para iniciar la catequesis y recibir el Bautismo.

Don Cimatti, músico refinado, ofreció unos 2.000 conciertos por todo el país, junto a don Margiaglia y don Liviabella. La música era oración, era anuncio, era diálogo con una cultura que amaba profundamente la armonía. Después de cada concierto, distribuían folletos, hablaban de Cristo, sembraban.

Los laicos: protagonistas de la misión

Uno de los aspectos más originales y fecundos de la misión salesiana en Japón fue el papel activo confiado a los laicos. Don Cimatti y don Cavoli no concebían a los fieles como destinatarios pasivos de la atención pastoral, sino como colaboradores de pleno derecho en la labor misionera.

Nacieron el «Grupo de los padres» y el «Grupo de las madres», que acompañaban a los sacerdotes en las visitas a las familias lejanas, supliendo con su presencia y sus palabras las dificultades lingüísticas de los misioneros. Se formaron la Compañía de San Luis, la de Santo Domingo Savio, las Hijas de María, las Pequeñas Teresianas: cada grupo con sus propias reglas, sus propios objetivos, su propia misión. Era Valdocco en el Pacífico.

No es casualidad que, al igual que la primera casa de Don Bosco en Turín, también la de Miyazaki se levantara en un barrio marginal: cerca de una prisión, un hospital psiquiátrico, un cementerio y un crematorio. Una elección —o una Providencia— que lo decía todo sobre la vocación salesiana: estar donde nadie más quiere estar.

Las Hermanas de la Caridad de Jesús: la semilla de un septiembre

Un día de septiembre de 1929, durante una reunión del Círculo de la Inmaculada, don Cavoli pidió a las jóvenes que fueran a buscar a los pobres y a los enfermos, que llevaran consuelo a los ancianos solos, a los huérfanos, a los abandonados. Recogió de ellas veintidós céntimos como gesto concreto de fe en la Divina Providencia. De aquel pequeño gesto nació algo grande.

Tres años después, en diciembre de 1932, se inauguró el Hospicio para los pobres en Miyazaki. A principios de 1933 acogió a los primeros ancianos. En 1935 se añadieron un pabellón para los neófitos y los niños y una guardería, con una capilla en el centro para recordar de dónde venía todo: de la oración y de la caridad.

Con el avance del nacionalismo japonés y el temor a que los misioneros extranjeros pudieran ser expulsados, don Cimatti propuso a don Cavoli fundar una congregación religiosa autóctona. Tras un largo discernimiento, Cavoli dio su «sí» con las palabras del Evangelio: «Por tu palabra, echaré la red» (Lc 5,5).

El 15 de agosto de 1937, fiesta de la Asunción de María, nació la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Miyazaki, hoy conocida como **Hermanas de la Caridad de Jesús**. Las jóvenes hermanas se pusieron manos a la obra de inmediato, cuidando de ancianos y niños, compartiendo cada fatiga.

Los años de la guerra fueron durísimos. Las donaciones se interrumpieron, la comida escaseaba. Pero don Cavoli y las hermanas no se rindieron: cultivaron arroz, criaron pollos y vacas, abrieron pequeños talleres de artesanía. Seis hermanas murieron de privaciones, consumidas por la enfermedad contraída al asistir a los enfermos. Su sacrificio fue silencioso, total, luminoso.

Cien años después: la misión continúa

Un siglo de historia salesiana en Japón es una historia de fidelidad. Fidelidad a las palabras de don Rinaldi, que señalaron la caridad como la única vía posible. Fidelidad al espíritu de Don Bosco, que quiso a sus hijos en las calles, entre los jóvenes, junto a los pobres. Fidelidad a un país que supo reconocer en aquellos misioneros extranjeros no a unos invasores culturales, sino a unos amigos sinceros.

Como María que, tras su «Fiat», se apresuró hacia la montaña para ir a ver a Isabel, también los salesianos en Japón no perdieron el tiempo. Fueron, encontraron, amaron. Y los frutos de ese amor —iglesias, oratorios, escuelas, hospicios, una congregación religiosa nacida de veintidós céntimos— siguen vivos y siguen creciendo.

Este centenario no es solo un momento para el recuerdo. Es una invitación a mirar hacia adelante con el mismo valor de quienes hace cien años cruzaron el mar sin nada más que la fe y la caridad. Porque Japón, como cualquier rincón del mundo, todavía necesita a quien sepa hacer resplandecer el amor de Cristo.

«El éxito de vuestro apostolado dependerá de cuánto logréis hacer resplandecer el amor de Cristo entre el pueblo japonés». – Don Filippo Rinaldi, Rector Mayor, 1925

Don Bosco en Japón. Película documental muda sobre las misiones salesianas en

Japón: Tokio, Osaka, Vita, Miyazaki (1963-1965).